

algunas horas; hasta que Cortés movido de las súplicas de los gefes choluléses que se habían escapado de la matanza y de los enviados mexicanos, consintió por consideración, según dijo, á los representantes de Moctezuhzuma, llamar á sus soldados á impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrajes. Se permitió también á dos de los caciques fueran á prometer perdón y protección á todos aquellos de sus camaradas que volvieron á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por estos consentidos esfuerzos de Cortés y de los caciques se apaciguó el desorden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunían bajo sus banderas respectivas, y los choluléses, descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos después de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlaxcaltecas para que libertaran á sus prisioneros. Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuración, contentándose con los ricos despojos de los choluléses, que consistían en varios efectos de lujos desconocidos, hacia mucho tiempo en Tlaxcala. El segundo efecto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los mas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los choluléses á elegir sucesor; y con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su población disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comuni-

dad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad; y los muros que presenciaron la escena de la carnicería en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula.

«Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los excesos de una ruda y cruel soldadesca: pero para juzgar exactamente del hecho, debemos trasportarnos al tiempo en que aconteció» (1)

CAPITULO XVI.

Marcha de Cortés á México.

Despues de la horrible carnicería que se experimentó en toda la ciudad, volvió Cortés á su alojamiento donde cuarenta señores de la nobleza habian quedado aprisionados: y éstos rogando al general hiciera concluir tan formidable castigo, le propusieron salir algunos á llamar las mugeres y niños que andaban huyendo por los montes. Cortés mandó publicar un bando en que hacia suspender el estrago de las armas en toda la ciudad y se concedia un indulto general. Entonces empezaron á ocurrir todas las familias fugitivas, lamentando cada cual alguna víctima en aquella espantosa catástrofe: de entre los muertos se levantaron muchos que solo fingieron estarlo para salvar la vida; y el general mandó poner en libertad á todos los prisioneros de ese dia y abrir las pri-

(1) Prescott lib. 3.º cap. 7.º

siones en que se guardaban las víctimas para los sacrificios. La noticia se circuló con la velocidad del rayo, y los tlaxcaltecas, huexotzincas y otros pueblos, mandaron al general la enhorabuena y renovar los testimonios de una sincera alianza. Los mismos choluleses juraron obediencia á los reyes católicos: se hizo la reconciliación entre los dos pueblos de Tlaxcala y Cholula: y se plantó el árbol de la cruz, en el lugar del templo mayor formado sobre la cima de la famosa pirámide.

Pronto llegaron tambien los embajadores mexicanos protestando la inocencia de su rey en el proyectado exterminio del ejército castellano: y para asegurar mas la fuerza de su palabra, traian un cuantioso regalo, de adornos de oro y plata, entre los que figuraban diez platos de oro y algunos pavos del mismo metal perfectamente trabajados, mil quinientos vestidos y algunos comestibles. Así que, con la severa lección dada á los choluleses y los testimonios de adhesión que recibió de todos los pueblos, conoció no dejar ya á su espalda enemigo alguno poderoso, y emprendió su marcha á la capital, acompañado solo de los bravos tlaxcaltecas, pues los totonecas no se creyeron seguros ni en la compañía de los terribles extranjeros, por el temor que tenían de que Moctezuma castigara los insultos hechos á sus colectores de tributos y los auxilios que habían prestado á los españoles. En el camino recibía el ejército embajadas de distintos pueblos que deseaban obtener su protección ó lo que es mas probable de escapar de un castigo tan terrible; y todas estas demostraciones eran acompañadas de diversos regalos mas ó menos valiosos segun la posibilidad de cada pueblo. De estos mismos pueblos que estaban quejosos tambien del despotismo de Moctezuma, dieron aviso al general de que el camino mas recto y seguro para llegar á México estaba obstruido por orden del mismo rey, con árboles cortados y estacadas

para impedir el paso del ejército; pero estos débiles obstáculos no podían detener ya la marcha de un hombre que para llegar á la rica corte del imperio azteca había arrollado ejércitos y arrojado toda clase de peligros y sufrimientos. Cuando encontraron tales embarazos, los allanaron con auxilio de los mismos aliados, y el general disimuló las ideas que ellos le habían sugerido.

Pasó el ejército por entre las altas montañas, el *Pococatepetl* la montaña que humea, y la sierra nevada *Ixtaccihuatl* la mujer blanca, á causa de su blanca vestidura de nieve. La supersticiosa credulidad de los indígenas, veía aquellas elevadas montañas como dioses, y tenía un horror que los hacía alejar de ellas, sin que jamás se atrevieran á subirlas. Algunos españoles manifestaron el deseo de trepar aquellas inaccesibles alturas: y Cortés para hacer ver á los indios que ellos eran capaces de acometer cualquiera empresa por atrevida que fuese, dió pábulo á los deseos de sus compañeros, y Diego de Ordaz con nueve españoles y algunos tlaxcaltecas emprendieron la subida, que aunque no fué perfecta del todo, trajeron algunos objetos que atestiguaron hasta donde llegaron sus esfuerzos, lo cual aumentó la admiración con que los naturales veían á los extranjeros como una raza singular.

Esa noche se abrigaron de los helados vientos que soplaban, en algunos de los edificios que en varios puntos de los caminos, hacía poner el gobierno para albergue de los pasajeros: y al día siguiente, caminando por la sierra de Aqualco, no tardaron mucho en dar vista al valle de México con cuya vista pintoresca donde se mezclaban los bosques con los lagos y entre unos y otros tantas ciudades florecientes, entre las que se hallaba la gran *Tenoxtitlan*, se creyeron compensados de las fatigas anteriores. El hermoso panorama que se acababa de presentar á los ojos de los soldados, les hacía ver á México como la Ve-

necia de los aztecas y todos exclamaron llenos de entusiasmo, «es la tierra prometida.»

En medio de muy distintos sentimientos á vista de un poder y una civilizacion que no esperaban, fueron descendiendo la sierra, recibiendo á cada paso regalos que les venian á presentar los habitantes de las aldeas vecinas, en medio de sus quejas contra el soberano, que les cargaba con pesados tributos á la vez que les arrebatava sus hijos para los grandes ejércitos que le sostenian en su opulencia y á sus hijas para satisfacer la sensualidad de sus cortesanos. Esto era lo que daba más satisfaccion al ambicioso corazón del conquistador, porque ya no dudaba que el trono del rey azteca estaba colocado en un volcan, pronto á hacer su terrible erupcion á la menor señal que él hiciera: y tanto esplendor y grandeza y los ricos tesoros que encerraban los muros de la reina de los lagos, habian de venir á quedar puestos á sus piés. Estos sentimientos que como un fuego eléctrico comunicaba á sus compañeros, alentaba el espíritu de aquellos pocos aventureros para acabar de coronar la empresa mas atrevida que debian contemplar los siglos.

Mocteuhezuma consternado por el suceso de Cholula; la resuelta marcha de los españoles y las pruebas de afecto que los pueblos salian á rendirle y que eran para él otros tantos terribles presagios de su ruina, se habia encerrado en el palacio de *Tliltlacamecalt* destinado solo para los dias de luto en la corte, y con ayunos y penitencias intentaba que los dioses volvieran sus ojos propicios á él y al imperio que habia heredado de sus mayores; pero entonces manifestaron las falsas divinidades su natural impotencia, y mientras los sacerdotes le inquietaban con funestos oráculos, la multitud referia diversas visiones, precursoras de una catástrofe para el imperio.

Movido de estos sentimientos, solo pensaba alejarse de su vista á los fatales extranjeros, y para conseguirlo, mandó una nueva embajada que encontró al ejército en *Inthualco* presentando á Cortés otro regalo á semejanza de los anteriores y ofreciendo pagar al rey de España un tributo anual, dando al mismo tiempo al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de los soldados españoles, con tal que consintiera en volverse. Cortés dió las gracias á los embajadores y haciéndoles algunos obsequios, les manifestó no poder volverse sin llegar á cumplir con las instrucciones de su soberano. Aun no recibia Mocteuhezuma la respuesta de esta embajada, cuando se celebró un consejo al que asistieron el señor de Iztapalapan hermano del rey llamado Cuitlabua y el rey de Tezcoco Cacamatzin: éste opinó porque se recibiera á los españoles como embajadores de su soberano; y el primero quiso que se les negara la entrada, haciendo uso de la fuerza para hacerlos salir si insistian en avanzar. Mocteuhezuma abrazó el consejo de su aliado nombrándolo su representante, para que en su nombre saliera á recibir á los extranjeros, y conducirlos á México, haciendo antes la última tentativa y disuadirlos de su empeño en llegar á la capital. Cuitlahuatzin en vista de aquella resolucion, dijo á su hermano «dos dioses quieren, señor, que no admitais en vuestra casa al que os arroje de ella, y que cuando querais poner remedio al daño, tengais medio y ocasion de hacerlo.» El tiempo justificó lo acertado de la prevision de este prudente y valeroso príncipe; pero el rey arrastrado por la fuerza de su destino solo contestó: «¿Qué hemos de hacer? Los hombres y los dioses nos abandonan á la vez que amparan á los extranjeros. Yo y los bravos que me rodean, podemos arrostrar la tempestad que nos amenaza y esponer á ella nuestros pechos; pero los an-

cíanos y enfermos, las mujeres y los niños, demasiado débiles, no podrán huir ni pelear.»

El ejército había seguido su marcha por Amecamecan y Tlamanalco, donde Cortés recibió presentes de los señores, que exponiéndole sus quejas contra el déspota de Tenextitlan, se aliaron con él como los totonecas y tlaxcaltecas, de suerte que cada paso mas hácia la corte, era una nueva victoria por la alianza de algun otro pueblo quejoso. Llegaron á la ciudad de Axótzinco primera ciudad situada á la orilla del lago de Chalco, donde por primera vez admiraron los españoles el modo que los indígenas tenian para fabricar en las aguas por medio de estacadas. En esta ciudad recibió Cortés la visita de Cacamatzin: iba este jóven rey, conducido en una litera, llevada por algunos nobles, yendo por delante algunos vasallos, para limpiar el camino de cualquiera objeto desagradable: la pompa con que se presentó este soberano indio, infundió serios temores á los extranjeros, pues consideraban cual seria el poder del gran Moctehuzuma, y sin duda los mas hubieran preferido el regreso á Veracruz, antes que esponerse á contrarrestar un poder tan formidable, pero el inflexible ánimo del general ya no podia contenersé en vista de obstáculos que consideraba débiles para el aumento que habia tenido su fuerza; y así, despues de recibir cortesmente á Cacamatzin, le manifestó lo mismo que á los nobles de la anterior embajada, y el rey tezcucano se volvió para esperar á Cortés en la capital, dejándole parte de la nobleza para que lo acompañara en su viaje.

El ejército marchó para Cuitlahuac, ciudad situada en una isla pequeña del lago de Chalco, la cual por su hermosura y magnificencia, era superior á todas las que antes habian visitado: y tanto esto, como el aprecio y respeto con que su numeroso vecindario hablaba del rey y de su gobierno, hizo cambiar la escena para los extran-

geros, pues la esperanza que habia nacido en ellos por el desafecto con que hablaban todos los pueblos que hasta entonces habian visitado, se desvanecia ante el poder de aquella ciudad y las muchas que circundaban las aguas del lago, cuya fuerza á primera vista superaba con mucho á la de los pueblos que solicitaban su amistad. Pero ya no era posible retroceder y por el camino que pasa al lado opuesto, siguieron los españoles admirando el hermoso cuadro que á la vez de presentarles grandes obstáculos para su empresa, agusaba mas el deseo de poner término á ella para disfrutar de las prosperidades que les presentaban.

En Iztapalatenco salieron al encuentro de Cortés, los príncipes de la casa de Tezcoco, Ixtlilxochitl y Coanacotzin, con gran parte de la nobleza acolhua ofreciendo sus servicios y su alianza: y el gefe español prometió al primero su auxilio para recobrar la corona de Tezcoco á la que se creia con derecho. Entró luego el ejército á Ixtapallapan donde mandaba Cuitlahuatzin, ciudad que admiró mucho á los españoles, así por su numeroso vecindario, como por la riqueza y magnificencia de sus edificios, que Cortés comparó con los mejores de España; pero particularmente era notable la hermosura de sus jardines, de los cuales ya se dió antes una idea. Allí se dió al general y á sus soldados un hospedage digno de la magnificencia de la ciudad, haciéndoles cuantiosos regalos.

Al dia siguiente ocho de Noviembre, dia de grandes recuerdos de la historia de México, porque en el fijó su planta por primera vez el poder de España, se hizo resonar el clarin para reunir el pequeño ejército español bajo el estandarte de la cruz. El fuego perpetuo que se mantenía frente al santuario de los innumerables teocallis de Tenextitlan, dieron á conocer el lugar de la capital del famoso imperio azteca; y á los primeros rayos